



Caza del Tigre en la India.

## CAZA DEL TIGRE EN LA INDIA.

Sabed amables niños, que una porcion considerable de la India se halla infestada hoy todavía, de fieras y que alejándose de los pueblos, no se pueden atravesar los bosques espesos que sirven de guarida á los leones y á los tigres. Hombres intrépidos escitados por el deseo de ser útiles, y acaso por el amor al peligro, se esfuerzan sin cesar en destruir ó á lo menos auyentar estos terribles animales. El elefante es el auxiliar mas poderoso en la caza del tigre. Desplega un valor y serenidad admirables en ella. Lleva su vigilancia á tal punto, que cada vez que encuentra una rama á la altura del hombre que lleva encima, parece que presiente (aun cuando él pueda pasar facilmente) que podria herir á su amo, y la rompe con la trompa. Sirve tambien para anunciar la aproximacion del tigre. En cuanto le huele (y esto lo hace á alguna distancia) dá un fuerte abullido. Pero en el momento de la lucha es cuando muestra sobre todo, la admirable inteligencia de que se halla dotado; tiene cuidado de tener la trompa derecha y elevada, á fin de estar pronto á rechazar el ataque, y á prevenir toda sorpresa pareciendo que comprende que seria desarmado si su enemigo se apoderase de este órgano, á un tiempo fuerte y delicado. A pesar de la prodigiosa agilidad del tigre y su valor feroz, un elefante diestro consigue rechazar sus ataques mas furiosos y acaba por derribarle al suelo con su trompa: cuando le ve magullado por la caída ó herido por los cazadores, le aprieta con su enorme pata y termina así el combate. Algunas veces sin embargo el elefante quiere huir del campo de batalla. Entonces la vida de su conductor se encuentra en gran peligro porque el tigre puede arrojarle por detras y agarrarle antes que haya podido volverse para defenderse. Ved aqui los detalles de un suceso semejante ocurrido hace pocos años. Algunos europeos plantadores del *Indigo* se reunieron con oficiales de un regimiento indiano estacionado alli cerca para ir á caza de tigres. Levantaron al instante uno de extraordinario tamaño, que se arrojó con furor sobre los elefantes; uno de ellos que se encontraba en el mismo sitio del ataque, y que acabado de comprar no lo habian probado aun, cedió á el miedo y volvió la espalda á pesar de los esfuerzos del conductor para que hiciese frente al enemigo. Inmediatamente el tigre, saltó sobre el lomo del elefante, cojió al desgraciado cazador por una pierna, lo arrojó á tierra y poniéndoselo estropeado sobre el lomo





desapareció con él á todo correr por los bosques. Todas las escopetas le apuntaban, pero ningun cazador se atrevia á tirar detenido por el temor de matar á el mismo que querian salvar; pronto perdieron de vista al tigre; pero el rastro de sangre les servia de guia y resolvieron seguirle alentados por la esperanza de arrancarle al menos los restos de su desgraciado compañero. A medida que iban andando el rastro de sangre desaparecia y llegaron á perderle del todo. Desesperados ya, iban á abandonar su proyecto, cuando se presenta á su vista el objeto que buscaban. Vieron con sorpresa indecible á el tigre muerto, en medio de la yerba; la misma muerte no fue suficiente á hacerle abandonar su presa. No podian alcanzar ninguna noticia del hombre quien sin embargo conservaba el conocimiento, pero una estremada debilidad le impedía pronunciar ni una sola palabra. Fue menester cortar la cabeza al tigre para libertar la pierna de la cruel presion en que la tenia. Despues de recibir los primeros auxilios de un cirujano que afortunadamente iba entre la comitiva, transportaron al herido á la habitacion mas cercana, y pronto recobró fuerza bastante para esplicar á los circunstantes el modo como habia salvado su vida.

Parece ser que perdió el uso de los sentidos en el momento en que le agarró el animal. Vuelto en sí se encontró encima del

lomo del tigre que marchaba velozmente atravesando el bosque sin hacer caso de las ramas ni espinos que encontraba á su paso. Creyéndose enteramente perdido, se esforzaba en resignarse á su triste suerte, cuando de repente se acordó de que llevaba pistolas en el cinto; y concibió alguna esperanza de salvarse. Despues de muchos esfuerzos inútiles pudo soltar una, la disparó á golpe seguro sobre la cabeza del tigre quien se estremeció, hincó mas los dientes en la pierna por donde lo llevaba sujeto y apretó el paso. El dolor le hizo desmayarse otra vez. Cuando volvió á abrir los ojos, quiso ensayar si podría salir con su empresa colocándose de otro modo, y tomando la otra pistola apoyó el cañon sobre el homo-plato del animal en direccion del corazon. Hizo fuego y el tigre cayó instantáneamente muerto sin dar ni un quejido.

Una inquietud espantosa vino al momento á turbar su alegría. Oía á sus amigos de cerca sin poder llamarlos. No tenía esperanza alguna ya, cuando le descubrieron. Los cuidados mas esquisitos le volvieron á la vida, pero nunca recobró enteramente el uso de la pierna tan cruelmente destrozada.

---

## LA LLAVE DE ORO.

---

Era en el mes de noviembre, hacia frio, empezaba á anochecer y la plaza mayor de Madrid se quedaba cada momento mas sola.

En las gradas, habia sentado un niño de seis años á lo mas. Todos al pasar le echaban una mirada de admiracion y lástima á un tiempo, porque este pobre niño parecia estar alli abandonado. Su traje era limpio y distinguido, no lloraba, pero su hermosa carita triste, é inquieta se volvia lentamente á todos lados, y en seguida una gruesa lágrima se asomaba á sus grandes ojos azules. Cuando por casualidad se paraba alguno cerca del sitio donde estaba sentado, su bocase abria como si quisiese hablar, pero no se atrevia este pobre niño.

¿Se puede dejar así, á un niño solo? dijo una vieja, y pasó de largo.

Qué imprudencia! dijo una niñera que tenia de las manos á dos niñas yendo acompañada de su ama.

¡Fíarse en las niñeras! dijo el ama.



Señora, es menester saberlas escojer; y pasaron adelante. En seguida pasaron dos jóvenes.

¿Qué haces ahí, amiguito? dijo el mas joven.

Espero á mi niñera, caballero..... y le cayó una lágrima á lo largo de su hermosa cara.

¿Donde está tu niñera?

No lo sé.

¿Pero vendrá pronto?

Oh! Si señor.

¿Entonces por qué lloras?

Porque se acerca la noche, y tengo miedo de estar solo.....

Calla; un joven tener miedo, es vergonzoso; vaya, toma confites y no llores.

El niño tomó los dulces que el joven le ofreció, pero no tocó á los dulces y sus ojos humedecidos seguian á los dos jóvenes hasta que desaparecieron. La plaza se iba quedando desierta lo cual visto por el niño se puso á llorar, primero flojo, luego mas fuerte, y por último á moco tendido, y las lágrimas caian sobre su cuello corriendo por la cara.

¡Dios mío! mi niñera, gritaba, mi niñera! ¡Dios mío! Dios mío! Nadie respondía, y los gritos del niño se aumentaban..

En estas y las otras, acertó á pasar una silla de posta, y una señora habiendo oido los gritos del niño, mandó al postillon que parase.

Vea usted lo que es eso, le dijo.

Es un niño perdido ó abandonado, dijo una vieja alargando la mano. Una limosna, señora, por Dios.

Haced que se acerque, dijo la señora, poniendo dentro de la mano á la pobre una limosna.....

El niño vino: la señora hizo que subiese al carruage y viéndole transido de frio se puso á calentarle en su ropon de pieles.

¿Pobre niño, ¿qué haces ahí?

Espero mi niñera.....mi niñera, ¡mi niñera! volviendo á llorar y gritar.....

¿Y en donde está, tu niñera?

Yo no lo sé, señora....

No llores, amiguito, ya la buscaremos, y la encontraremos.

¿Como te llamas?

Anselmo.

Es el nombre de mi hijo, dijo la señora abrazando con ternura al niño, y dime, ¿cómo se llama tu Padre?

Papa....

¿Y tu madre?

Mamá....

Eso es claro ¿pero en dónde está tu mamá?

En una cajita, cuya llave es esta....

Y el niño enseñó una llavecita de oro atada á una cinta que tenia al cuello, y que puso con cuidado en el pecho debajo del chaleco.

¿Qué haremos, dijo la señora á su compañera de viage?

A la verdad, Justina, estoy sin saber que hacerme; ¡Pobre madre! que acaso en este momento llora á su hijo perdido.

Es preciso volver á dejar en su puesto el niño, dijo Justina, está bien vestido, y debe pertenecer á una clase acomodada; ciertamente vendrán por él....

¡Oh! no me dejes solo, llevadme, señora, decia el niño echando los brazos al cuello de la señora.

Yo seré bueno, bueno, llevadme, es de noche, y tengo miedo.

Y el niño gritaba, y lloraba mas fuerte.

La señora le hizo otras varias preguntas, pero en vano: á todo respondia el niño: llevadme, no me dejes solo, es de noche y tengo miedo....

¿Qué haremos? preguntó otra vez la señora porque era buena y caritativa, y no podia decidirse á dejar alli aquel niño y en seguida vuelve á llamar á la pobre.

¿No sabeis nada acerca de este niño?

No señora, yo no soy de este cuartel...

Por ochenta reales pasariais la noche en esas gradas?

Por menos; caritativa señora.

Pues bien, aqui están los 80 reales, estaos hasta mañana ahí, y como no hay duda que vendrán á reclamar este niño, direis que está en casa de la baronesa de Estival calle de Atocha. Tomad, ahí están mis señas.

La pobre tomó la tarjeta y los 80 reales, la echó bendiciones en cambio, y se iba á marchar, cuando la señora la volvió á llamar. La noche es fria, tomad ese Schall, y hasta mañana. En seguida el coche marchó á galope con la señora, la doncella y el niño.....

La baronesa de Estival, era jóven y hermosa, tenia tambien un niño de la misma edad que Anselmo que vivia en Búrgos con su abuelita.

La baronesa obligada é seguir á su marido en sus viajes, no habia visto al niño hacia cinco años. Asi en cuanto llegó á Madrid á donde su esposo la habia mandado ir á esperarle, su primer cuidado fue escribir á su madre, que viniera á verla trayendo á su hijo.

Despues de escribir dicha carta, cerrarla y enviarla al dia siguiente al correo, llamó para que la trajeran almuerzo, y al mismo tiempo preguntó por Anselmo.

¿Puedo entrar, preguntó una voz de niño?

Y habiendo contestado, la señora de Estival que sí, Anselmo corrió á abrazarla.



Ahora, amiguito, dijo la señora, te vas á sentar ahí en esa sillita á contarme lo que hacen en tu casa, y donde están tus padres. Anselmo reflexionó un poco y respondió así...

Yo tengo una abuelita que vive muy lejos, muy lejos, además tengo, papá y mamá á quienes abrazo todas las mañanas y que están en una cajita cuya llave es esta... Luego un día, la abuelita, mi niñera y yo, hemos subido á un coche, que le conducía *Pedro* el marido de mi niñera. Hemos estado mucho tiempo en aquel coche, lo menos un día y una noche; despues hemos llegado á una casa grande, en donde habia mucha gente, muchos criados, y luego la abuelita se acostó y se durmió, y no ha querido levantarse mas, y luego yo la hablaba, y no me respondia, y luego... Ay Dios mio! se me ha olvidado..... Creo que no hay mas....

—Veamos, amiguito... Acuérdate, le dijo la señora de Estival, que entendió, que el niño habia hecho un viaje, y habia llegado á una posada:»

Y la abuelita no queria levantarse....

Pues qué estaba mala, tu abuelita?

No señora, estaba muerta, dijo el niño con tranquilidad, y luego la han puesto en una caja muy grande, muy grande, y se la han llevado. Entonces yo he llorado y me han llevado á paseo, y mi niñera me dijo que iba á volver, y no ha vuelto, y yo querria ir á encontrar á mi abuelita, porque esta mañana no he rezado, y no he abrazado á papá, y mamá.

Pobre niño! dijo la señora de Estival, enternecida: serian los retratos de sus padres, tal vez muertos, los que abrazaba este niño todas las mañanas!

Tengo la llave, dijo Anselmo pero no tengo la caja...

Veamos la llave....

Oh! no señora, yo no puedo darla, porque mi abuelita me decia; oh! yo me acuerdo bien, lo aprendí de memoria. «Si me pierdes, Anselmo, ten cuidado de esta llave, ella sola puede abrir la caja en donde estan las pruebas de tu nacimiento.

¡Dios mio! exclamó la baronesa. Y decir que yo no puedo saber á quien pertenece este niño, ni tener ninguna noticia de él?

La mendiga volvió á presentarse, pero dijo que nadie se habia presentado en las gradas á reclamar el niño....

No sea, dijo la de Estival, en voz alta y sin acordarse que el niño lo oia, que esta niñera, sea una bribona, que haya robado todo despues de la muerte de esa señora, y despues haya abandonado á este niño á propósito; al menos si le hubiese dejado esa caja, cuya llave lleva consigo?

Oh! estad tranquila señora. No se puede abrir esa caja sin mi llavecita, y mi llave, no me la cojerán porque yo tengo mucho cuidado de ella. La abuelita me mandó tenerla encima dia

y noche. La niñera quiso quitármela una vez, pero yo grité tanto, que tuvo miedo, y me la dejó.

¿Con que es tan bonita tu llave?

No es eso, señora, sino que es menester obedecer á sus padres, y que cuando se los obedece, Dios lo premia.

La baronesa no podía menos de enternecerse con las respuestas de este niño, y sobre todo con su talento precoz en una edad tan tierna.

Dos dias despues la señora de Estival dijo á Anselmo..

Vas á estar muy contento Anselmo, mi hijo llega mañana, será un compañerito tuyo, y tú le querrás, no es verdad?

No, eso no, yo no querré á vuestro hijo....

¿Y por qué, señorito, no querrá usted á mi Anselmo?

Porque, no me gustan los niños ...

La señora de Estival, no pudo menos de reirse de lo cómico y serio de aquel niño....

Y bien, señorito, dijo la señora de Estival afectando un tono sério, yo tampoco os querré....

No me importa, porque el dia que llegue vuestro hijo me marcharé yo...

¿Y á adónde se irá usted? señorito...

Buscaré muchas casas, hasta que encuentre á mi abuelita, yo creo que no estará siempre dormida...

Aquella misma noche, Anselmo observó que preparaban un cuarto á el lado del en que él se acostaba, y preguntó. ¿Para quién es este cuarto? y le respondieron, para el hijo de la señora de Estival.

Y esto le puso pensativo. Poco despues colocaron en dicha pieza, una caja llena de juguetes, él preguntó ¿para quién es esta caja de juguetes? y le respondieron; para el hijo de la señora de Estival; su corazoncillo se comprimó y tubo ganas de llorar: en seguida oyó á la de Estival que decia; ¡Dios mio! cuanto tarda en llegar el dia de mañana para ver y abrazar á mi Anselmo, mi querido hijo: y ya no miraba al pobre niño abandonado, y él se puso á llorar. Dios mio! qué desgraciado soy por no tener mamá, que pensaria en mí cuando no estubiese presente, una mamá que me compraria juguetes, y sobre todo que me abrazaría, como va á abrazar esta señora mañana á su Anselmo, porque desde que no tengo abuelita, á mí nadie me abraza, ¡desgraciado de mí!....

Y el niño sollozaba, que despedazaba el corazon, pero nadie le hacia caso...

Toda la casa estaba tan ocupada del hijo de la señora de Estival, que le dejaron olvidado en una silla de la cocina. Este olvido, exasperó tanto al niño, que pensó salirse de la casa é ir á buscar por todas partes á su abuelita. Porque este pobre



niño, no sabia lo que es morirse, y que cuando uno muere, no vuelve mas á el mundo; y creia que su abuelita iba á volver. Determinó pues escaparse, miró si tenia colgada su llavecita de oro, la ocultó con sumo cuidado entre su chaqueta y la camisa, tomó la escalera, bajó y se encontró en la calle.

Como era de noche, pronto tuvo miedo, pero pensando en su abuela, y en el gusto que tendria cuando la volviese á encontrar, tuvo menos. Vió una casa grande, igual á su parecer, á aquella en que pararon cuando bajaban del coche, y mirando bien á derecha é izquierda, á ver si pasaban coches, caballos ó carretas, echó á correr, atravesó la calle, y entró en la casa gritando: abuelita... niñera... Pedro...

Al día siguiente por la mañana la baronesa de Estival al despertarse, preguntó si habian llegado su madre y su hijo. Le respondieron que nó. No pueden ya tardar, dijo ella, y se levantó.

Entonces vinieron á decirla que Anselmo habia desaparecido desde la víspera por la tarde, y que no sabian que era de él. Con la esperanza de ver pronto á su hijo, esta noticia hizo poca impresion en la señora de Estival; sin embargo dijo á su ayuda de cámara Andrés, que fuese á informarse por todas partes, del niño; en seguida se puso al balcon, mirando cuantas sillas de postas pasaban, y viendo si su madre, y su hijo venian dentro. Llegó la hora de dar cartas; le entregaron una; era del portero de su casa de Búrgos: ved aqui lo que decia.

Señora:

Mi señora, vuestra madre ha marchado á Madrid, pensaba ir á la fonda de la calle del Arenal, despues no hemos sabido nada.

Inmediatamente la señora de Estival mandó poner el coche y marchó. Llegado que hubo al sitio designado preguntó por la señora de Aguilar, todos los criados se miraban, no habia ninguna señora de este nombre en la fonda, llaman á la dueña, abre los registros, y se encuentra en ellos, que una señora de este mismo nombre, habia llegado una noche acompañada de dos criados y de un niño, y que se alojó en el número 10, que algunos dias despues habia sido atacada del cólera, que habia sucumbido, y que aquella misma noche, habian vuelto á marcharse los dos criados y el niño...

¡Muerta! dijo la Señora de Estival, llena de pesar, muerta volvió á repetir, ¡mi pobre madre! y con el dolor no pensaba ya en preguntar.

Si señora, dijo la dueña de la casa; el cólera es tan mala enfermedad y tan ejecutiva.... No ha sido por falta de cuidado, y una vez que esta señora es la hija de la difunta, voy á darla una cosa que los criados de la señora de Aguilar olvidaron sin duda. Diciendo esto la dueña de la casa salió y volvió un mo-

mento despues trayendo una cajita que entregó á la señora de Estival.

—Tomad, señora, siento mucho no poderos dar la llave, pero el niño de aquella señora la llevó colgada al cuello.

La señora de Estival se quedó mirando á la dueña.

Si señora, prosiguió aquella, y lo que es mas raro, es que el niño no se la ha querido dar á nadie. Cuando murió su abuela la niñera quiso quitársela. Era menester oir los gritos que daba el niño.

Dios mio! Dios mio! dijo la señora fuera de sí. ¡Dios mio, y era mi hijo el que yo he encontrado abandonado por la noche? Pero era mi hijo y yo no le he conocido, y mi corazon no ha palpitado de alegría, ningun presentimiento me decia, madre, ese es tu hijo. ¡Oh Dios mio! ¿Dónde estará este niño? ¿Qué habrá sido de él?

Y sin oir mas á la dueña, la señora de Estival echó á correr hasta el coche.

Juan, á casa: Juan corre. Mi hijo habrá vuelto acaso; Juan, sino está allí le buscaremos, llamaremos á todas las puertas, preguntaremos por mi Anselmo; él debe haber contado á todos la historia de su llave de oro, preguntando en todas partes por un niño que lleva una llave de oro colgada al cuello, es imposible que no le encontremos, ¿no es verdad, Juan?

Juan montado en el pescante arreaba los caballos. Durante la marcha, la pobre señora de Estival repetia: «estaba á mi lado, le he encontrado y no he conocido á mi pobre niño, y se ha ido. ¡Dios mio! Dios mio! En fin de vuelta á su casa le grita desde lejos á su doncella. ¿Justina, está ahí mi hijo? Y Justina que no sabe que el niño abandonado es su hijo, responde. No señora, pero hay un criado que os espera.

¿Qué me quiere ese criado? Sino es para hablarme de mi hijo, que se vaya.

Señora, dijo el criado aproximándose: ayer un niño entró en nuestra casa.....

Rubio, dijo la señora de Estival.

Si señora.

¿Con una llave de oro al cuello?

Si, señora.

¿Dónde está mi hijo, hablad?

En casa del baron Baucourt enfrente. Mi señor os suplica le concedais una parte en esta buena accion, pues parece que es un niño abandonado.

Es mi hijo, no está abandonado. Es mi hijo. ¿Dónde está respondedme.....

Allí, señora.



Y el criado señaló una cortina de balcon, detrás de la cual se habia escondido Anselmo avergonzado de su escapatoria.

¡Hijo mio! dijo la señora de Estival corriendo hácia él, y en su precipitacion dejó caer la caja que la dueña de la fonda del Arenal le habia dado.

La caja rodó á los pies de Anselmo, quien sin responder á la baronesa se precipitó á cogerla del suelo.

Mi caja! mi caja! se puso á gritar..... Abrid mi caja, señora, dijo poniéndose loco de gozo. Abrid la caja os digo, tened, aqui está la llave. En fin voy á abrazar á papá y á mamá.

Al abrir la caja la señora de Estival, dió un grito de madre: no hay duda, era su retrato y el de su marido. Anselmo! Anselmo mio! hijo mio! decia cogiendo en brazos á su hijo y llenándole de besos y de lágrimas. Ah! Dios mio! Gracias, gracias!

El niño la miraba asombrado, y abriendo mucho los ojos.

Oh! llámame mamá Anselmo mio, llámame tu madre, hazme olvidar con tus caricias, por esta palabra querida, por la palabra que salida de los labios de un hijo llega derecha al corazon de su madre, hazme olvidar todas las amarguras que me has causado: y en seguida llorando le dijo; consuélame de la pérdida de mi madre.

En fin ya tengo mamá, dijo Anselmo palmoteando con sus manitas y echándolas al cuello de Estival; llavecita de oro qué contento estoy de haberte conservado y de haberte cuidado tanto! Mamá, mamá, decia abrazando á su madre y á la llave.

Porque sino hubiese conservado aquella llave, sino se hubiese hecho respetar de todos por su esmero en ejecutar lo que le encargó su abuelita, ¿quién sabe? puede que en mucho tiempo no le hubiese podido reconocer su mamá. Esta caja era un secreto, no se podia abrir sin su llave ó rompiéndola: rompiéndola probablemente se hubiesen roto los retratos, y pensad niños que desgracia no hubiera sido esta para Anselmo. Asi pues debeis niños obedecer á vuestros padres, y cuando os digan haced tal ó cual cosa, debeis obedecer sin hacer reflexiones.

Pensad donde estaria Anselmo si hubiera perdido su llavecita de oro.

---

### EDUARDO EL GLOTON,

---

Carlitos habia estado bien malo durante algunos dias: habia perdido todas sus fuerzas, y poco faltó para que no pa-

gase con la vida el placer de haber comido á discrecion barquillos y bollos que hicieron para celebrar la noche buena. Pero los tiernos cuidados de su madre y los de Brígida su nodriza, que le amaba como si fuese su hijo, le salvaron de una muerte cierta. Estaba convaleciente, pero como necesitase aun mucho cuidado y que ademas tenia siempre frio, Brígida soplabá la lumbre medio apagada para calentarle antes de acostarle. Sentado sobre las faldas de su nodriza, Carlitos estendia sus piececillos delante de la llama reluciente del fuego de sarmientos; y en seguida acariciando á Brígida con el ímpetu de una alegría infantil, la dijo: ¡Nodriza mial tú que no me niegas nunca nada, te suplico me cuentes antes de acostarme uno de esos cuentos bonitos que tú cuentas tan bien, y te prometo en recompensa ser bueno en adelante y no incomodarte, porque te he visto llorar últimamente cuando estaba malo y me acordaré de ello toda mi vida.

La buena Brígida conmovida de lo que le acababa de decir su querido niño, no quiso oir mas para poner á su alcance algunos egemplos vivos capaces de hacerle comprender el peligro que hay en la niñez en no reprimir la inclinacion al vicio, y se apresuró á satisfacer su curiosidad contándole la siguiente historia.

«Hará unos diez años que servia yo en Madrid á una respetable familia que sin tener grandes bienes de fortuna gozaba sin embargo de un mediano pasar, fruto de un continuo trabajo, de mucha economía y de una vida sin tacha. Los dos esposos habian tenido tres hijos, pero habiendo muerto el mas jóven no les quedaban mas que los dos mayores á quienes querian con la mayor ternura. Sin embargo la madre tenia una marcada predilección por el mayor llamado Eduardo; porque tenia cara bonita, ojos azules, cejas arqueadas por una parte, y por otra porque su salud quebrantada le impedia criarse robusto. Eduardo se aprovechaba grandemente de esta debilidad perdonable, porque Alfredo siempre ocupado pasaba la mayor parte del día lejos de su madre, entregado á los estudios y al lado de los maestros á quienes su hermano no queria ver.

El pobre Alfredo era tan bien parecido como su hermano, sino mas, pero las viruelas, le habian desfigurado en su infancia, y la debilidad de sus órganos, aumentada por los continuos dolores, le habian puesto casi contrahecho: esta era una desgracia sin duda para el pobre niño, pero rescataba sus defectos exteriores por las cualidades mas apreciables. Era bueno, afable, formal, fino y le querian todos, mientras que su hermano envanecido de su figura y de su color fresco y blanco estaba enamorado de su persona, y seguro de agradar por los encantos de su cara no pensaba absolutamente en adquirir las prendas que



hacen ser querido; por el contrario en todo el día pensaba mas que en satisfacer su inclinacion á las golosinas: se le veian de continuo los bolsillos llenos de dulces, y este capricho inmoderado sostenido mucho tiempo por la debilidad de su madre, vino á ser una pasion tal, que no pasaba una semana sin que tuviese por lo menos una ó dos indigestiones. Habíanse relajado sus intestinos de tal manera, que algunas veces su vientre era monstruoso, tan atestado lo tenia de pasteles, bizcochos y otras cosas, que parecia el *Hombre Gordo*, de suerte que los chicos de la vecindad le llamaban de apodo *zampa bollos* y este nombre cuyo ridículo conocia, le ponía furioso contra ellos.

Sin embargo se acercaba á los doce años, y su glotonería lejos de disminuir iba en aumento.

Su padre, inquieto por las frecuentes indisposiciones que le causaba y las consecuencias funestas que podría tener para el porvenir viendo que su hijo nunca habia querido tomar sus prudentes consejos, resolvió en fin corregirle por todos los medios posibles, y á pesar de las súplicas de su muger, á quien esta severidad para con su querido hijo asustaba, se mantuvo firme, y puso un día, á regimen á Eduardo, mandando á los criados que le servian, que no le diesen nada de comer fuera de las comidas de familia, sopena de ser despedidos.

Como ademas sabia que su hijo, daba algunos tientos á veces á la despensa para coger allí lo que le gustaba, hizo cerrar las ventanas y puertas con cuidado, de suerte que Eduardo por este medio, no veia las golosinas mas que entre celosias, ó por el ahugero de la llave, y no podia robarlas, encerradas como estaban en este sitio de delicias. Sin embargo él no podia resignarse á tantas privaciones, y buscaba todos los medios posibles de hacerlas cesar. Se ocultaba á menudo en los rinconcitos, contiguos á la despensa esperando que alguno dejase la puerta abierta, y aprovecharse de ello; pero los criados tan maliciosos con él, se acordaban de sus pasadas acometidas, le apretaban por su lado, y le sorprendian en el momento en que cogia una pierna de ave, ó un pastel, y que se creia seguro de la victoria. Entonces era oír la griteria, y burlas de los criados que se mofaban de él, y le hacian huir lleno de rabia, y de vergüenza. ¡Dichoso él si estahumillaciones hubiesen podido producir un efecto saludable y corregirle! pero lejos de ello se endureció mas aun, y despues de bien pensado, renunciando á sus primeras tentativas, se trazó otro plan de conducta. Habia observado que su madre dejaba á menudo dinero encima de la mesa para pagar los gastos de la casa, lo recuerda, y desde entonces, concibe el horrendo proyecto de robarla!

Porque un vicio, trae siempre otros detrás, y este pícaro entrando un día en el cuarto de su madre en el momento que

acababa de salir, vé el dinero; al principio titubea, tiembla, pero la pasión le arrastra, cede, y roba algunas monedas, con las que echa á correr á comprar golosinas.

Después de cometer esta mala acción, tenía remordimiento pero viendo que no fué descubierto, el desgraciado se envalentonó, continuó los días siguientes tomando cada vez mas, hasta que su Madre conoció que la robaban. No sabiendo á quien echar la culpa, sospechó de un viejo desgraciado que hacia poco que habia recogido en su casa por caridad, y le echó al momento. Ved aqui á este pobre hombre privado del sustento, por el crimen de Eduardo! ¡Vedle en la calle sin asilo, pues no puede ya encontrar protección, estando acusado de ladrón!... ¡Oh que situación! ¡Cuán triste es y dolorosa! Con dos palabras podria probar su inocencia, él conoce el culpable, él le ha visto escurrirse al cuarto de su madre; y por una puerta entreabierta cojer algunas pesetas. ¿Pero revelará este horrendo secreto? llenará de luto el corazón de una madre, de una débil muger, pero buena y sensible, que antes, le ha sacado á él de la desgracia cuando todos le abandonaban? No, su reconocimiento le impone silencio.... Pero el cielo tomará á su cuenta probar su inocencia; porque Dios, que es justo, no deja nunca á los malos sin castigo. Eduardo, seguro la noche de aquel día, y viendo su bolsa bien provista, se escurrió y fue á casa del pastelero vecino á hacer provision de las golosinas que tanto le gustaban; pero como podreis presumir, no se contentó con llenar los bolsillos y la gorra, sino que se atracó de modo, que se puso malo, é hizo un esfuerzo para volver á casa de su padre. Lo que padecia su estómago es imposible decirlo, su cara estaba desencajada, y cuando entró en el portal de su casa, le atacó una convulsion tan fuerte, que cayó al suelo. Por fortuna el viejo que habian despedido por su culpa, estaba alli como la Providencia para ayudarle. No sabiendo qué hacerse ni á donde ir, despedido de la casa de sus bienhechores, se habia sentado en una puerta vecina aguardando, sin pedir la comiseracion pública, y como no le habian dado nada en todo el día, estaba llorando, cuando oyó los gritos de Eduardo; al momento reconoció su voz; sin acordarse de que tiene la culpa de su desgracia, vá á socorrerle, y siente despedázarse el corazón, viendo al niño medio muerto á sus pies.... Llama gente, y sin aguardar le coge en brazos, le estrecha contra su pecho; y se esfuerza en vivificarle con su aliento, pero á pesar de sus cuidados, permaneció privado hasta que á fuerza de friegas y sinapismos en el cuarto de su madre, á donde le llevó el viejo, volvió á su conocimiento.

Sin embargo se ahogaba, y arrojaba por la boca sangre negra y espesa. Los médicos que llamaron, declararon que se ha-



bia roto una vena del pecho haciendo esfuerzos para arrojar los alimentos de que se habia atracado. El caso era grave y perentorio, Eduardo lo conoció, en los grandes dolores que sentia, y en las lágrimas que veia verter á sus padres; ademá vió delante los testimonios irrecusables de sus faltas.

Esta vista le llenó de vergüenza; sentia al propio tiempo un vivo dolor de haber despreciado los consejos de su padre; y en el pesar que tuvo, llamando á este, y á su madre que lloraba amargamente cerca de la cama, les confesó todas sus faltas, pidiéndoles perdon, y para espiarlas, les suplicó tomasen á su cargo el cuidado del pobre viejo, que habia hecho pasar por sospechoso tan injustamente. No pudo acabar, porque el esfuerzo que hizo para hablar dando nueva actividad á la sangre que se escapaba de su pecho, apenas le permitió decir antes de espirar á sus padres el último *á Dios*.

Asi murió Eduardo, á la edad de 12 años víctima de una pasión que no pudo reprimir: triste ejemplo de las funestas consecuencias que puede traer el olvido de los consejos de los padres y una imprudente conducta.

## LA MARIPOSA.



## FÁBULA.

Por el aura vagarosa  
Que templa el ardiente estío,

La pintada mariposa,  
Libre vuela á su albedrío  
Desde el clavel á la rosa.  
Sus alas de mil colores  
Tiende á los rayos del Sol,  
Y envidian hasta las flores  
De su matiz los primores,  
Y su precioso arrebol.  
Revolotéa ligera,  
Sobre el lirio ó el jazmin;  
Y entonces se considera  
Reina de la primavera,  
Y despota del jardín.  
Mariposa desgraciada,  
Detén el vuelo y advierte  
Que cuando no temas nada,  
Sobre el arrayan posada  
Te sorprenderá la muerte.  
Así el mísero mortal  
Su existencia vé correr,  
Y ansioso busca el placer  
Donde tal vez halla el mal!  
Consume su edad florida  
En frívolos devaneos,  
Y no advierte en sus deseos  
Que se le escapa la vida.  
Igualdad tan prodigiosa  
Encuentro, que, no te asombre,  
O la mariposa es hombre  
O es el hombre mariposa.  
Tú vuelas de flor en flor,  
El de goce en goce vuela,  
Y que viene, no recela  
Tras el placer el dolor.  
Tú buscas para gozar,  
Una llama vacilante;  
Y no ves que está delante  
Lallama en que has de espirar.  
Así el mísero mortal  
Su existencia ve correr,  
Y ansioso busca el placer  
Donde tal vez halla el mal!!

A. M.